

Deseamos, queridos lectores y amigos, felicitaros la Navidad. A todos, sin distinción alguna.

Y nos gustaría acertar en el mensaje. Incluso que éste no se limite a estos días, sino que sirva para siempre comportando una manera de ser, de comunicarnos entre nosotros, de estímulo para entender que todo se encierra, superando la cuestión religiosa, en una palabra. Amor. Si esta fórmula magistral presidiera nuestras vidas, seguro que lograríamos un mundo mejor. No es fácil proyectar esa versión porque la realidad nos muestra desigualdades sociales y económicas, enfermedades, paro, negación de derechos fundamentales, casos de esclavitud, hambre, guerras, fraudes, corrupción, dolor y cuantas cuestiones negativas queramos anotar en esa pizarra de la vida. Quienes padezcan algún sufrimiento, ¿cómo recibirán éstos deseos de felicidad? Es claro que, en principio, con una sonrisa de incredulidad, de decepción y de marginación, y con una respuesta silenciosa, «ponte en mi lugar», que suena a reproche. Llevaría toda la razón, y así lo hemos de comprender para poder hacer en nuestras conciencias las justas acusaciones que nos imputan, tanto individual como colectivamente. Esta es la primera reflexión que nos ocupa y hasta de tiene la ilusión de desear «Feliz Navidad».

Sin embargo, este Grupo acordó por unanimidad seguir adelante, trasladar a la opinión pública nuestros deseos de paz porque así lo sentimos. Es como un grito que desbor-

Feliz Navidad

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres....

LOS ESPECTADORES
GRUPO DE OPINIÓN DE LA REGIÓN DE MURCIA

da las inquietudes porque tiene la fuerza expansiva de la sinceridad, de la solidaridad y de la justicia, y esos son, precisamente, los ingredientes de la fortaleza. De aquí que solo se pretenda acercarnos a esa realidad y compartir, siquiera sea desde la comprensión, los sentimientos que anidan en cada caso. Estimular el ejercicio de esos gestos que ayudan a enfrentarse con la adversidad. Esta consideración tiene un alcance universal porque la humanidad entera coincide en hablar ese idioma, el del amor, como único en las relaciones entre los habitantes de la tierra. Somos conscientes de que no decimos nada nuevo, pero también de la necesidad de reiterarlo continuamente hasta que se consiga ese mundo mejor al que aspiramos. Mientras tanto bien sabido es lo que decía Martin Luther King: «...la vida, en el mejor de los casos, es una síntesis creadora de contradicciones en fructífera armonía...», para después instar a «...ser

fuertes de espíritu, pero tiernos de corazón...». Ahora bien, continúa, «...la fortaleza de espíritu sin la ternura de corazón es fría y egoísta, y deja la vida del hombre en un invierno perpetuo, falta del calor de la primavera y la temperatura agradable del verano...». Dicho está con autoridad lo que queremos expresar cuando utilizamos el amor como clave de la convivencia. Debiera utilizarse «como ventana para ver y conocer a nuestros semejantes».

Pero esa descripción abarca también conductas ejemplares. La de aquellos que dedican su actividad a estar al lado de quien los necesita. De una u otra manera esa participación activa permite la denuncia de las situaciones, pero, sobre todo, resolver problemas puntuales, evitar marginaciones o exclusiones sociales. A esos voluntarios les debemos admiración, reconocimiento y gratitud. No están ahí para hacer méritos personales, por mero altruismo, sino por vocación y con-

vencimiento de cual es su misión, más allá de la profesional. Esta ingente tarea que cada día llevan a efecto —no es preciso que sea Navidad— tendría que sonar como una invitación para todos los ciudadanos (sin distinción de religión, raza o nacionalidad) a sumarnos a esa traducción real del amor que irradian. Quienes no tengan la suerte de encontrarse entre ellos, tengamos la iniciativa de ofrecerles ayuda porque necesitan saber que no están solos, que la indiferencia no tiene cabida en este contexto, que cuentan con una legión de «pinches de voluntarios», seguidores de sus iniciativas y ejemplo.

La Navidad ofrece también tradiciones y costumbres. En las calles y en las casas suenan los villancicos, el ruido de la pandereta, la petición de aguinaldos. Nuestras pedanías y barrios instalan su belén, se escucha la Campana de Auroras, y nos metemos en harina para fabricar las recetas de nuestro mayo-

res para producir dulces. Ese conjunto se convierte en convocatoria a todos los ciudadanos para anunciar, con amor perceptible, que empieza una nueva redención recordando aquella historia que a todos nos gana sentimentalmente. Pero este año no nos encerramos en la Región. Un hecho importante ha llamado nuestra atención. El mejor mensajero de Murcia, el Belén de Salzillo, viaja a Madrid para ser expuesto para gozo de la capital. Por su mediación enviamos nuestro abrazo y solidaridad. También los murcianos llenan ese vacío temporal trayendo otra muestra excepcional del siglo XVIII, conocido como Belén Napolitano que bien merece la pena visitarlo para recrearnos en la escultura excepcional que representa.

Tantos sentimientos se acumulan estos días que parecen generar una actitud afable, cordial, comprensiva, solidaria, generosa y hasta cariñosa, y que no deja más opción que la de aprovecharla para compensar un poco lo mucho que podríamos haber realizado el resto del año. Feliz Navidad, queridos lectores y amigos. Que Dios os bendiga a vosotros y a vuestra familia, y nos proporcione capacidad suficiente para identificarnos y ayudar a quien lo necesite.

Los integrantes del grupo de opinión

«Los espectadores» son: José Ortiz, Palmiro Molina, José Antonio Ballester, Francisco Pellicer, Joaquín Ballester, Juan Antonio Mora, Antonio Olmo, Francisco Pedrero, Clemente García, Jesús Fontes, Antonio Pita, Ildefonso Riquelme, José Clavel, Eusebio Ramos, Tomás Zamora, Juan Antonio Lajarín y Félix Romojaro.

El 'negocio' de las pensiones

No hay una crisis sistémica de la Seguridad Social; solo un déficit coyuntural derivado de la mala situación del empleo

ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

SECRETARIO GENERAL DE UGT DE LA REGIÓN DE MURCIA



Cada vez que el presidente del Gobierno insiste en su ya famoso «si hay algo que no tocaré...», los ciudadanos de este país nos echamos a temblar: cosa que el Gobierno promete no tocar, cosa cuyo destrozó decretó al día siguiente. Así ha sido con los derechos laborales, con la sanidad, con la educación, con la dependencia, y ahora con las pensiones, aunque he de admitir que con bastante más escenografía previa, sabiendo como sabe, que es una de esas materias especialmente sensibles a la opinión de buena parte de su electorado y a la opinión pública en general.

El primer acto del teatrillo vino de la mano del comité de «expertos», llamados incluso «sabios» por algún

que otro medio (ni que decir tiene que ocho de esos doce «sabios» lo son a sueldo de grandes aseguradoras y entidades financieras), a los que el Gobierno encargó en junio un informe cuyo único objetivo era justificar una reforma que ya tenía más que preparada.

Tanto el informe como la reforma se centran, básicamente, en establecer dos factores de «sostenibilidad», cuyo único fin es conseguir una reducción brutal de la cuantía de las pensiones, tanto las de los pensionistas que se incorporen a partir del año 2019 al sistema, como las de los pensionistas actuales, a los que deja de garantizarse una revalorización acorde al incremento del costo de la vida. Pero que nadie se deje llevar por

apariencias meramente nominales: ambos factores no son mecanismos para asegurar la sostenibilidad financiera del sistema a largo plazo; de lo que se trata, en realidad, es de reducir el déficit a corto plazo, disminuyendo el valor real de las pensiones de forma inmediata. Y de paso, conseguir que el miedo a no contar con una pensión suficiente desvíe los recursos de las clases trabajadoras a alimentar fondos privados de pensiones, ampliando un negocio que lleva años presionando para quitarse de encima la competencia de las pensiones públicas y patrocinando «expertos» vaticinios, como los que daban por quebrado el sistema en los años noventa.

El segundo acto consistió en pre-

sentar «oficialmente» la reforma a través de un Proyecto de Ley que se remitió a las organizaciones sociales (por supuesto sin ningún ánimo de consulta ni de dar participación), y posteriormente al Parlamento, donde el PP, con su mayoría absoluta, aun con el resto de fuerzas políticas en contra, tampoco tendrá ningún obstáculo para sacarlo adelante.

El acto final, al que asistimos en estos días, ha supuesto un despliegue de la artillería mediática del Gobierno para «vender» la neutralidad, la necesidad y la inevitabilidad de la reforma.

Pero lo cierto es que el Gobierno se basa en argumentos falsos para justificar lo que hace: no hay una crisis sistémica de la Seguridad Social, solo un déficit coyuntural derivado de la mala situación del empleo (y para eso precisamente se creó el Fondo de Reserva); así que resulta especialmente irónico que este Gobierno, al que tanto le «preocupa» el futuro de las pensiones, mantenga una reforma laboral que precisamente favorece la destrucción de empleo y las rebajas salariales. Tampoco es cierto que tengamos edades de jubilación demasiado tempranas que hagan insostenible el sistema; al contrario, tenemos una de las edades efectivas de jubilación más altas de Europa, edad que, además, va en aumento: en solo 9 meses ha pasado de 63,9 años a 64,2 años. Nuestro gasto en pensiones está casi tres pun-

tos por debajo del gasto medio en la Zona Euro y no es previsible un aumento tal de la esperanza de vida que justifique esta reforma, menos aún cuando ya se ha alertado desde organismos independientes que los recortes en sanidad y el aumento de los índices de pobreza apuntan a un retroceso de la misma.

Lo que sí es cierto respecto a esta reforma es que asestará un golpe brutal a un sistema, el de pensiones, sobre el que hasta ahora existía un consenso sólido y generalizado en este país; un sistema que, por esa misma razón, se había mantenido estable y aceptablemente bien gestionado, para garantizar, gobernara quien gobernara, una protección social digna, suficiente y estable a nuestros mayores. Con esta reforma, no solo se empobrecerá y reducirá el poder adquisitivo de todos los pensionistas, sino que, además, las pensiones nunca más estarán a salvo de decisiones políticas, ya que las estimaciones de futuro que incluyen los indicadores las hará el Gobierno a su antojo y de la forma que más le convenga.

Ni siquiera en un tema como éste el Gobierno ha desechado actuar de la misma forma desleal y engañosa a la que ya nos tiene acostumbrados, y vuelve a menoscabar nuestro Estado de Bienestar con autoritarismos y sin apoyos, ni sociales ni políticos, para satisfacer las expectativas de negocio de los lobbies empresariales y de seguros.